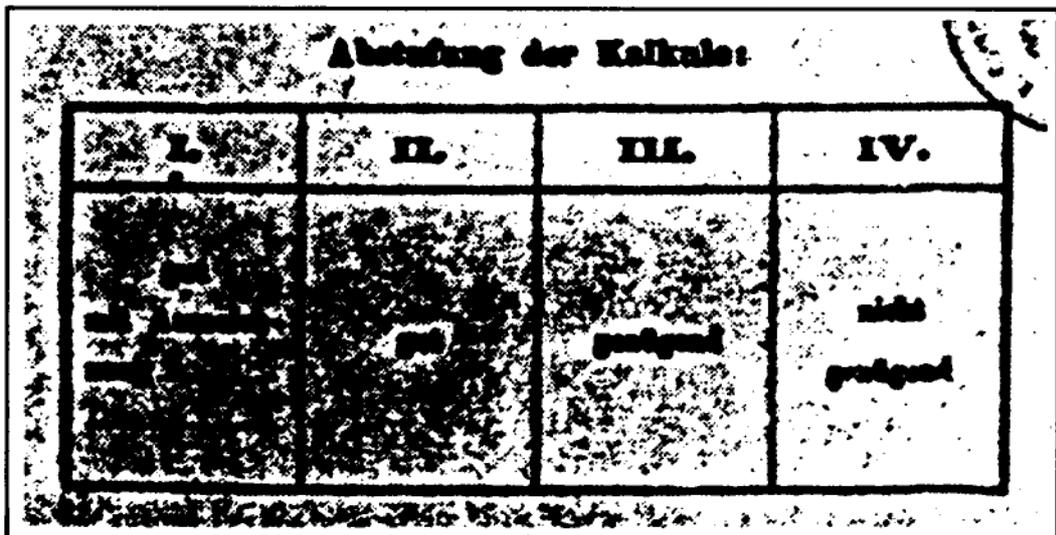


## Los fantasmas de Leñada

La vida literaria de Leñada no ha sido fácil. Es cierto que en el colegio nos sorprendió agradablemente con unas graciosas coplas sobre el Padre Fernández. Pero también recuerdo una fábula acerca de un búho que, en realidad, nunca pudimos descifrar. Claro, no se lo dije y hablé del búho como un interesante símbolo del artista cauteloso. Leñada era un muchacho taciturno, de grandes manos huesudas, orgulloso de su Waterman negra y lector insaciable de la colección Austral. Lo que no me gustaba era esa manía suya de apretarme tan exageradamente el brazo cuando caminábamos. ¿Qué pretendía? ¿Demostrar que los flacos pueden ser fortísimos? ¿O temía acaso que lo abandonara a la mitad del soneto? Porque Leñada, pobre, sólo se atrevía a recitarme sus poemas en la calle, entre la gente, cruzando una avenida, una verdadera tortura. Menos mal que en esa época escribía poco: la lima —proclamaba— es más importante que la pluma. ¿Para qué contradecirlo? ¿Para qué enseñarle mis páginas rebosantes de letras, veintiocho renglones sin ninguna tachadura? Se habría alterado, se habría puesto rojo como aquella vez que le grité que un saco azul no tolera una corbata verde. Se me ocurre ahora que a lo mejor Leñada es un daltónico tímido y rabioso. ¿Será verdad? ¿Será esta confusión óptica la causa de esas extrañas adjetivaciones de Leñada? Tal vez Gorrondona —verdugo alerta— sospechaba algo

cuando le decía, con una insistencia antipática, que abriera bien los ojos. Sea como fuere, el *Canto a Darwin* corrió con mala fortuna. Leñada, un alma candorosa, estaba empeñado en publicarlo en *La Barrica Dorada*, la revista millonaria de Bob García. Una locura, casi una provocación. Le hice ver que la extensión del *Canto* —justificada, sí, sí, de acuerdo, todos conocemos el itinerario del *Beagle*— llenaría *La Barrica* hasta el borde. ¿Qué esperar, por otra parte, de Bob García, un hombrecito velludo que llevaba una amatista en el meñique de la mano izquierda? ¿No sabíamos acaso que era un fanático del haikú y de las grabadoras Sony? Era imposible, entonces, que ese macaco lujoso comprendiera la calma descriptiva y el nobilísimo metro de Leñada. Le dejamos el fragmento que cuenta la manera como aquel insecto pasajero le transmitió al inmortal naturalista el tripanosoma de Chagas. Quizá lo mejor del *Canto*: una buena mezcla —lo reconozco— de aventura, ciencia y literatura mórbida. Al cabo de tres meses Leñada recibió una tarjeta en la que Bob García le comunicaba su decisión de publicar el fragmento por ser, decía, “un festivo ejemplo de poesía didáctica”. ¡Una majadería, un insulto al complicado y a veces misterioso verso del *Canto*! Leñada, sin embargo, no quiso reaccionar, murmuró unas frases raras acerca del destino del autor y se negó a retirar la colaboración. El resto es historia conocida: seis meses des-



pues Gorrondona lo obligó a hacerlo. Fui el testigo involuntario del desplome de Leñada. Ya lo he contado en otra parte. Una crisis nada banal, lo aseguro. Como consuelo —modestísimo, desde luego— le regalé el tomo 207 de la colección Austral: *Primer viaje en torno del Globo*, de Antonio Pigafetta.

No deseo, quede claro, transformarme en el biógrafo de Leñada. Mi fuerte — pese a quien le pesare — ha sido la invención, no la crónica, esclava de los hechos. ¿Qué me importan las relaciones, seguramente tortuosas, de Leñada con su madre? ¿Por qué debo detenerme en sus dificultades para aprender a leer? Me llamó la atención, sin embargo, que después del incidente con *La Barrica de Oro* se comprara una bicicleta y que la cambiara con varias clases de espejo, herramientas y cambios de velocidades. Un bonito aparato, sin duda, aunque inútil para mejorar la prosa. Digo esto porque la afición ciclista coincidió con los primeros borradores narrativos de Leñada. Entre las pedaleadas solitarias desapareció el poeta y surgió — ¡qué verbo abominable! — el cuentista honrado y silencioso. Al principio, meros ejercicios. Leñada sólo describía acciones aisladas: una chica camina por la calle, la mirada indiferente por supuesto, de pronto se detiene, entra a una pequeña tienda, compra unas pastillas de menta, reanuda el paso — más lento ahora porque está abriendo el tubito —, introduce la pastilla en la boca, ligero gesto de disgusto tal vez debido a una acidez imprevista, llega a la esquina, vacila un momento y, al fin, dobla hacia la izquierda. En otras ocasiones la misma chica, que ya tiene grandes ojos castaños, entra a una librería, se acerca a una de las mesas, recorre con la mirada las últimas novedades (nada de Gorrondona, señores), apoya la palma de la mano sobre una novelita insignificante, arruga la nariz, cierra los ojos, contiene la respiración y, no obstante los esfuerzos, estornuda violentamente. Un muchacho de grandes bigotes la mira asombrado. La chica, con toda razón decía Leñada, se molesta, da media vuelta y abandona la librería. En sucesivos ejercicios esta chica adquirió una nariz aguileña, un indestructible sweater negro, zapatos sin tacón, grandes dientes, uñas ovaladas sin pintar, unos senos mínimos, caderas anchas y un collar del que colgaba una fea piedra amarilla. Recuerdo que volvió a encontrarse con el muchacho de los bigotes en otras de esas secuencias trucas, seguramente frente a la taquilla de un cine-club. Le insinué a Leñada que tal vez había llegado el momento de darle un nombre a esa simpática chica y, sobre todo, ya era hora de hacerla descansar, siempre estaba de pie. Una broma que no entendió. Mi intención, claro, era otra: obligar al amigo a luchar con la anécdota, la prueba de fuego del narrador. El primer cuento — ¿para qué mentir? — fue espantoso. Por lo pronto se empeñó en que la mujer del collar se llamara Milena. ¿Por qué Milena? Un nombre de pastel casero, en absoluta contradicción con el trágico sweater negro y con la nariz aguileña, señal de pasión y de imperio. Luego la sentó en un autobús junto a un hombre calvo (el único acierto), de labios gruesos, párpados semidormidos y una bolsa llena de naranjas sobre las rodillas. Con estos elementos, más el vaivén natural del vehículo, Leñada quiso armar un escándalo. Según él, la mano izquierda del calvo se habría apoyado en el duro muslo de Milena. Perdí la paciencia y le grité que para mantener el equilibrio de las naranjas se necesitan las dos manos. El bárbaro me respondió que

el calvo era un hombre hábil, con larga experiencia, que le probará yo lo contrario. Le palpó, pues, el muslo a Milena y, claro, saltó el muchacho de los grandes bigotes. A partir del tercer relato Milena vive ya en el típico edificio de Leñada, sin ascensor, frente a un parque, el apartamento recién pintado y con apenas unos cuantos muebles: una mesa y dos sillas en la cocina, el sofá de la sala demasiado blando y una estrecha cama en el dormitorio. Sobre la blanca pared, la invariable reproducción de una niña de Modigliani. Durante cuatro cuentos Milena intenta — con frases inacabadas y en apariencia triviales — comunicarse con Claudio, beben nescafé en vasos de vidrio grueso y siempre se besan de pie. Cometí el error de decirle que quizás valdría la pena fundir esos energéticos materiales en un solo cuento. Se deprimió Leñada, me acusó de no haberlo leído a fondo y de no amar a Milena. ¿Por qué debía amarla? Esa piedra amarilla colgándole del cuello me repugna y los zapatos bajos los acepto sólo cuando son enfermeras. La mujeres que me excitan tienen pechos amplios, el pezón pequeño y hacia arriba. La uñas las quiero pintadas, como la boca y los ojos. ¿No sabía Leñada que la nariz aguileña me produce desconfianza? Y esos grandes dientes, ¿para qué, Dios mío, para qué?

La serie sobre Milena se cerró con una agradable sorpresa. *Bajaron las estrellas* es, en efecto, el mejor relato de Leñada. Todo sucede en la azotea, hay viento, hay criadas reilonas e impertinentes, hay un lavadero inhumano, los recursos allí son mínimos y, sin embargo, Leñada no permite que bajen al apartamento íntimo y todavía semiamueblado, fuerza la situación, no cede, anima a Claudio y convence a la fastidiosa Milena de que la juventud es el cielo prometido. Todos soltamos un suspiro de alivio y Gladys Rodrigues, la hiperactiva reportera antillana — ojos un poco saltones, de acuerdo, pero con una nariz de atractivas y obscenas aletas — lo publicó en el periódico junto con una minientrevista — *Leñada en vivo* — en la que mi gran compañero, casi borracho por el éxito, se atrevió a hablar del creador y sus fantasmas. El insatisfecho Gorrondona, el crítico corrompido por la bilis y la soledad, el histérico de siempre, se rió interminablemente.

